

Paisajes y pobladores en el estado de Morelos, una lectura microhistórica de 1885

♦ Antonio Padilla



Si atendemos a los consejos de don Luis González y González acerca de que el microhistoriador pocas veces se olvida de introducir en sus relatos la dimensión geográfica: relieve, clima, suelo, recursos hidráulicos, vestidura vegetal y fauna, así como “de las transformaciones impuestas por los lugareños al paisaje”, entonces las revistas descriptivas del licenciado Cecilio H. Robelo pueden convertirse en un rico material para quien esté dispuesto a emprender la aventura de la microhistoria. En ellas podrá encontrar pequeños y múltiples mundos en los cuales sus protagonistas son guardianes y custodios celosos de culturas e identidades, que poblaron y siguen poblando el territorio del estado de Morelos. Con estos recursos y con esta mirada es posible invitar a una lectura microhistórica.¹

El entusiasmo por la historia de Morelos me condujo a las interesantes crónicas reportajes que realizó Robelo entre julio y agosto de 1885, las cuales dirigió al director del periódico morelense *El Orden*. En sus textos dibujó ambientes, paisajes, pobladores y escenarios, recursos naturales y recursos humanos multifacéticos y multicolores. Sus descripciones son un rico filón para, al menos, intuir y “rememorar las personas y los hechos del terruño”.² En ese año, Robelo era uno de los personajes más prominentes del mundo político y judicial en el estado de Morelos. Por esa posición

fue invitado por el gobernador del estado, Jesús H. Preciado, a integrar la comitiva que lo acompañó en visita oficial por la entidad. Además, nuestro corresponsal, quien también asistió en calidad de visitador de los Juzgados Menores y de Primera Instancia, figuraban Manuel Alarcón, jefe de las fuerzas del estado, y David Cuevas, representante personal del inspector de Instrucción Pública, quien tenía la misión de visitar las escuelas.


Robelo bosqueja aspectos de la vida cotidiana, las costumbres y las prácticas sociales de sus moradores, quienes desenvolvían sus oficios y quehaceres, angustias y aspiraciones, necesidades y deseos rodeados de paisajes ásperos, agrestes, fértiles, exiguos, infectos e higiénicos, situados en medio cañadas, barrancas, valles, planicies, haciendas, pueblos, ranchos y rancherías, o al lado de ríos, cascadas, lagunas, esteros.

En suma, recreó y brindó al lector, con sus ideas y sus prejuicios, una imagen del entorno que privaba en la entidad, la cual salpica de observaciones y apuntes, a veces agudos y en otras sabihondos. Según sus crónicas y reportajes, la travesía fue agotadora en un espacio, territorio y lugar, que se dividía en seis distritos políticos: Cuernavaca, Yautepec, Morelos, Jonacatepec, Juárez y Tete-cala, subdivididos en 26 municipalidades, que comprendían seis ciudades, 11 villas, 109 pueblos, 80 ranchos y 40 haciendas, en donde se asentaban

¹ L. González y González. *Invitación a la microhistoria*. México, D.F., FCE, 1986, p. 30.

² L. González y González. *Todo es historia*. México, D.F., Cal y Arena, 1989, p. 228.

♦ Profesor-Investigador, Instituto de Ciencias de la Educación



sus 144 199 habitantes, de los cuales 73 109 eran hombres y 72 090 mujeres, los que, según un criterio de clasificación racial, 79 943 conformaban la “raza hispano americana” (55.43%), 64 100 de la “raza indígena (44.45%), que pertenecen todos a la familia mexicana” y 156 “extranjeros”.³

Paisajes y ambientes

Las revistas de Robelo comienzan en julio de 1885 en el distrito de Tetecala, en la Hacienda de San Gabriel. En ellas aparece “gente de pocas luces, poco leída y escribida”, así como personas de muy distinta condición social y profesional, entre éstas, abogados, sacerdotes, médicos, poetas y políticos.⁴

Robelo cedió a la tentación de retratar el aspecto de sus habitantes. Al final de cuentas es también una forma de percibir y representar el modo en que se unen los hombres y las mujeres a su tierra. Observador perspicaz, delineó el carácter de los pobladores de los distritos por los que efectuó su itinerario por tierra caliente, “esto es, á los hermosos y feraces planes de Amilpas y Cuernavaca”, donde el panorama se tiñe de “fértils campiñas”, cubiertas de huertas y jardines. A propósito de su estancia en el distrito de Jonacatepec, realizó el siguiente detalle de sus moradores, específicamente de la cabecera de la municipalidad de Zacualpan Amilpas: “El carácter es la honradez y la sencillez de costumbres, y las mujeres se distinguen, particularmente en

los barrios, por la belleza de sus formas y sus semblantes llenos de gracia y de frescos colores”.⁵

De la misma manera, Robelo hizo notar que, en su primera estación, fueron hospedados en la casa del “Señor Martínez”, uno de los vecinos “más acomodados”, donde recibieron al párroco José Obrador, hombre de “finos modales” y cuyas virtudes morales e intelectuales destacó: “grande erudición y conducta verdaderamente evangélica”.⁶ También destacó otra figura imprescindible del territorio físico y simbólico, en el que por igual se tramaba y decidía el destino de otros y de sí mismos: la casa del “respetable caballero Francisco Celis”, quien había sido diputado en la primera Legislatura del estado en 1869, y “hoy laborioso agricultor, propietario de la hacienda de Santa Cruz, y con una de las principales casas de comercio de la población”.⁷

La medida de los tiempos y de los hombres no es ajena a la fabricación de la microhistoria. La anotación del tiempo y las distancias, los desplazamientos geográficos y humanos son parte esencial de la querencia. Así, se van desgranando los ambientes sociales y espaciales. Robelo refiere estas dos dimensiones. A una hora de la ciudad de Tetecala se localizaba el pueblo de Coatlán. Este pueblo era, según lo calificaba el autor, de los más “feraces” (*sic*) por la fertilidad de sus tierras, la exhuberancia de su vegetación y el caudal de agua que lo regaba, su abundancia de frutos, como el coco, la guanabana, el caimito y

³ A. L. Velasco, *Geografía y estadística de la República Mexicana por...*, T. VII. *Geografía y estadística del estado de Morelos 1890*. México. (Presentación del Lic. Valentín López González), Cuernavaca, Morelos, Instituto de Documentación de Morelos, Cuadernos Históricos Morelenses, 1999, p. 36-37 y 76.

⁴ González. *Todo...*, p. 229; Velasco, *Geografía*, p. 56.

⁵ C. H. Robelo. *Revistas descriptivas del Estado de Morelos por...*, de la Sociedad de Geografía y Estadística, Cuernavaca, Imprenta del Gobierno de Morelos, dirigida por Luis G. Miranda, 1885, p. 40.

⁶ Robelo. *Revistas*, pp. 5-6.

⁷ Robelo. *Revistas*, p. 7.

“otras muchas plantas y árboles que con dificultad se cultivan en otros lugares de la misma zona”.⁸

Las pausas en el trajinar del cortejo oficial fueron otras tantas oportunidades para descubrirnos una realidad más cercana y vital. Una narración microhistórica hace imprescindible recoger detalles que ilustran las dificultades que impone la naturaleza para dejarse atrapar o transformar y da una idea aproximada de los días y los trabajos que los hombres deben afrontar. Por ejemplo, el río no sólo era una referencia física del paisaje, sino un elemento que orientaba el quehacer de los hombres y notación de los desplazamientos que los seres habrían de realizar, si asumimos la posibilidad de metáforas que su presencia evoca. Deja de ser un elemento del paisaje geográfico y biológico para integrarse en el imaginario y en las prácticas sociales e individuales de los hombres y mujeres. Quizá no por voluntad de éstos, sino porque era depositario de memorias y de presencias entrañables, realizando la unidad entre biología e historia. Su extensión y trayectoria constituye, para recurrir de nueva cuenta al auxilio de la metáfora, esos vasos comunicantes que unen tanto, material como espiritualmente, a los habitantes de una gran porción de Morelos. Este afluente venía desde el lugar sagrado de Chalma, en el vecino Estado de México, tocaba Tetela, cruzaba Puente de Ixtla, así como otros lugares de poca importancia hasta desembocar “en el caudaloso Amacuzac”.⁹

También, que pusiera el acento en señalar y estimar la riqueza y el potencial hidráulico que rodeaba al pueblo de Huajintlán, esto es, el río Amacuzac. Dicho pueblo se situaba en los límites

del río Amacuzac, que también se convertía en un punto de referencia cultural, físico y simbólico al dividir dos regiones del país, el estado de Morelos con el estado de Guerrero, por lo que ambos gobiernos estaban decididos a construir, por iniciativa de los jefes políticos de los distritos Tetecala y de Alarcón, un puente que permitiría “ensanchar sus relaciones comerciales con el resto de ambos estados”.¹⁰

De este modo, distancia y tiempo son percibidos, imaginados y medidos desde los tiempos y los espacios de la microhistoria, y dan cuenta del significado que tiene para hombres y mujeres el ir y venir de un sitio a otro. La majestuosidad de las montañas y las dificultades para dominarlas, así como para ponerlas en función de las necesidades humanas fueron resaltadas por Robelo. Las vías de comunicación, obsesión casi absoluta de las elites económicas y políticas decimonónicas, no fue parcialmente resuelta durante el porfiriato y sobre todo para algunas regiones del país. Precisamente como contrapunto al sueño nacionalista de integrar y homogeneizar los múltiples paisajes humanos, las dimensiones de las tareas para comunicar pueblos, villas ciudades, haciendas, ranchos, rancherías y zonas aisladas y, de este modo, acortar distancias culturales y sociales, se levantaba el grueso el muro de la orografía morelense. Tal vez como en ninguna dimensión de la actividad humana, el progreso que simbolizaba en esta época la construcción de vías de comunicación, en especial el ferrocarril, confrontaba las visiones acerca de las relaciones entre naturaleza y sociedad, entre biología e historia. Para las elites, la integración

⁸ Robelo. *Revistas*, p. 10.

⁹ Robelo. *Revistas*, pp. 9-10.

¹⁰ Robelo. *Revistas*, p. 12.



entre una y otra fue percibida y representada una contradicción permanente, en la cual la segunda tendría que imponerse, mientras que para la mayoría de los habitantes, sobre todo entre la “raza indígena”, la unidad entre medio ambiente y pobladores era imprescindible y vital.

Estas visiones generan tensiones y conflictos. De ahí la descripción acerca de su partida de la ciudad de Tetela hacia el pueblo de Huajintlán. Apuntaba que la habían realizado “siguiendo un camino de difícil acceso, casi impracticable, y cuyas etapas están marcadas por una triste majada de pastores llamada la ‘Golondrina’ y por el rancho de las ‘Pozas’ y no dejo de notar que el arribo a este pueblo era apreciado como bendición pues en él era posible dejar descansar el cuerpo y la mirada”.¹¹

La presencia de la comitiva en el pueblo de Amacuzac, “risueño y pintoresco pueblo”, fue motivo para que Robelo registrara en sus reportajes otra dimensión que también es de interés para el microhistorador, esto es, el ocio, las fiestas “y otras costumbres sistematizadas”. Por ejemplo, en honor al gobernador Preciado se organizó un baile que sirvió al reportero para destacar una diferencia sustancial entre el mundo rural y el urbano. Ahí conoció “(...) en grupo á las preciosas hijas de aquel pueblo, tan frescas como el río que serpentea á sus piés y tan sencillas, como son generalmente las que moran en las aldeas apartadas de las ciudades y que se consagran á las faenas campestres”.¹²

Y de ahí, Robelo pasó a destacar las formas de relación social que se establecían entre autoridad y pueblos. En Puente de Ixtla, según nuestro reportero, los integrantes de la comisión estatal fueron recibidos con mayores muestras de afecto porque, recordaba, el gobernador Preciado había estrechado relaciones cuando había decidido la remoción de “una autoridad arbitraria”. Para agasajarlo se organizó un baile y fue acompañado de “un grupo de señoritas no ménos amables y bellas que las de Amacuzac, y entre las que descuellan las jóvenes Morales, y entre éstas la preciosísima que lleva el nombre de Concha, con sus dientes ebúrneos, sus ojos velados por sedosa pestaña y su nariz de princesa de la casa de Austria. En Tlaltizapán también se realizaron fiestas de recepción. En la noche y durante la cena se presentó música de la Hacienda de Treinta, “tocando con gran ejecución y maestría, piezas nuevas”, que, al decir de Robelo, sólo habían escuchado tocar al tercer batallón en Cuernavaca.¹³

Delante de la municipalidad de Amacuzac, rumbo al puerto de Acapulco, se localizaba la municipalidad de Ixtla, cuya cabecera era el pueblo de Puente de Ixtla, situado en los márgenes del río del mismo nombre. El siguiente punto de referencia fue el distrito de Juárez. La primera localidad visitada de esta jurisdicción fue la ciudad de Jojutla, cabecera de Distrito. Para acceder a este lugar era preciso atravesar algunos terrenos de la Hacienda de San Gabriel, tales como el Rancho

¹¹ Robelo. *Revistas*, p. 11.

¹² Robelo. *Revistas*, pp. 12-13.

¹³ Robelo. *Revistas*, pp. 14 y 24-25.

de Pineda, y otros pertenecientes a la Hacienda de San José Vista Hermosa, bordeando la laguna de “Tequexquitengo”.

Otra escala del itinerario fue Tlaltizapán, pueblo de especial interés en los relatos de Robelo, el cual había pertenecido al distrito de Cuernavaca. A él habían llegado cruzando cerros y ríos, a caballo y en coche, “siempre bañados de sol estival, y acosados algunas noches por el mosquito zancudo”.¹⁴ Esta localidad era cabecera de la municipalidad del mismo nombre. También el segmento dedicado a describir algunos detalles de la vida en ese sitio lustraba rasgos de vida cotidiana. Apuntaba que a setenta y cinco minutos de Tlaquiltenango y tras atravesar por la arruinada hacienda de beneficio de metales llamada “Huatecalco”, perteneciente a la Hacienda de Acamilpa, se localizaba el pueblo de Tlaltizapán, el cual estaba regado de abundantes aguas del Río Dulce y situado a la ribera izquierda del Río Verde, que nacía en los manantiales de las Estacas y Tecumán. La mayoría de sus 2200 habitantes, se dedicaba a la cría de ganado y las labores del campo.¹⁵

De acuerdo con Luis González y González uno de los actores principales de la microhistoria es el hombre poco importante, el cual puede ser el héroe de una emboscada, el bandido generoso o bravucón, el mártir, el cura, el alcalde, el benefactor, el curandero o la bruja y “otras cabezas de ratón”.¹⁶ Pues bien, a propósito de algunas cabezas de ratón, durante su estancia

en el pueblo de Tecumán, Robelo destacó que el gobernador y su caravana fueron recibidos con muestras de efusividad que no habían tenido en ningún otro lugar a lo largo de su trayecto, y tal explosión de afecto lo atribuyó a un hecho tan simple, sencillo y menudo: los lugareños le daban tal importancia a la visita de Preciado porque nunca habían tenido como huésped a un personaje tan célebre. La efeméride pueblerina y la memoria colectiva únicamente evocaba a un hecho y un protagonista que podían calificarse históricos: la presencia del guerrillero Ramón Hernández, quien, por cierto, era recordado porque en la persecución que había entablado contra los bandidos de la región había ordenado incendiar ese pueblo “para ahuyentar á los PLATEADOS que habían fijado allí su cuartel general”.¹⁷ En realidad, como el lector podría haberlo inferido, la observación de Robelo se refería a dos protagonistas y a dos hechos históricos dignos de rememorarse: Hernández y los Plateados, por un lado, y el incendio del pueblo y la existencia del cuartel general, por el otro.

Las revistas descriptivas de Robelo son un ejemplo de la riqueza invaluable que encierra la microhistoria o historia matría para el historiador, quien a partir de esta materia prima podrá fabricar y contar sus propias historias.

¹⁴ Robelo. *Revistas*, p. 15.

¹⁵ Robelo. *Revistas*, p. 24.

¹⁶ González. *Todo...*, p. 20.

¹⁷ Robelo. *Revistas*, pp. 28-29.



Chac-mool, 1983